

A black and white photograph of a man sitting on stone steps in front of a hillside town with a cathedral. The man is wearing a light-colored shirt and trousers, looking towards the camera. The background shows a dense town built on a hillside, with a large cathedral featuring a prominent dome and spires. The overall scene is captured in a classic, historical style.

Memorias del Cigarral

1552
2015

GREGORIO
MARAÑÓN
BERTRÁN DE LIS

taurus


SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |



La fachada principal y sus jardines aterrazados
David Blázquez, Toledo

Para Pili, mi compañera de vida, también en la apasionante aventura del Cigarral.

Para nuestros hijos, Marta, María y Gregorio Marañón Medina; Pili, Isa y Alfredo Sánchez-Bella Solís; y Cristina y Javier Marañón Weissenberg.

Con ellos continuarán estas *Memorias*.



Portalón de entrada al Cigarral, al fondo, desde el camino de San Jerónimo
Amaya Aznar, Madrid



Vista aérea del Cigarral, con el convento y la Casa del Cura Gregorio Marañón

Agradecimientos

A mi abuelo Gregorio, que es siempre mi mejor ejemplo. También a mi abuela Lola, tan decisiva en su vida y en la de nuestra familia. Ambos rescataron el Cigarral del olvido y restauraron sus ruinas.

A mi madre: de su mano me adentré en la vida y en el Cigarral de mi niñez. Y a mi padre, que con su apoyo me permitió adquirirlo.

A mi tía Carmen Marañón: sin su desprendimiento el Cigarral no me habría llegado. Y a mi tío Alejandro Fernández de Araoz. Ambos lo reconstruyeron tras las heridas de la guerra.

A Juan Lladó, mi maestro, a quien también debo el inicio de la carrera profesional que me permitió comprarlo.

A mi hijo Gregorio, excelente arquitecto y paisajista, nuestro principal colaborador en las tareas de restaurarlo y mantenerlo.

A todos los que nos han ayudado en el Cigarral con su maestría profesional.

A quienes me han posibilitado durante casi tres lustros escribir este libro. A Juan Cruz, por sus ánimos y valioso criterio; a Jaime Olmedo, cuyas correcciones y sugerencias tanto han enriquecido el texto; a Carmen Jiménez que me ayudó a encontrar los primeros documentos; a José Miguel González Soriano, cuya investigación ha sido decisiva en la parte histórica de la obra; a Paloma Acuña, Jesús Carrobles y Juan Francisco Fuentes, por sus buenos consejos y sus lecturas previas; a Ángel Fernández Collado, por haberme ilustrado sobre la Catedral de Toledo en los siglos XVI y XVII; a Manuel Arias, que me ha abierto los secretos del Valladolid de Jerónimo de Miranda; a Bernardo Pérez, Simon Upton, David Blázquez, Amaya Aznar, Enrique Jiménez y Antón Goiri, por sus excelentes aportaciones fotográficas; a María Eugenia Alguacil, del Archivo Provincial de Toledo, Julia Montalvillo, responsable del archivo de la Fundación Casa Ducal de Alburquerque, y Luis Miguel de la Cruz, del Archivo Histórico Nacional, por su acogida; al personal del Archivo General Diocesano de Toledo y de Valladolid, del Archivo Histórico Municipal de Toledo, y del Registro de la Propiedad de Toledo; a Carlos de Hita y a Rafael Márquez, por sus grabaciones de los sonidos del Cigarral, que se incorporan a esta obra; a Luis Avial, por sus búsquedas de los restos de don Jerónimo con el georradar; a Mariluz Santos y Sira Alandi, por su valiosa ayuda; a mi hija María, por su asistencia en todo; y a Isabel Sánchez, por su paciencia, su buen criterio y su colaboración fundamental a la hora de transcribir el libro.

A Santiago Saavedra, inmejorable compañero en el viaje de esta edición, por su profesionalidad, sensibilidad estética y amistad de siempre; y a su magnífico equipo de El Viso, personificado en Félix Andrada.

Finalmente, a Pilar Reyes, por la ilusión y los medios con los que aborda la tarea esencial de llevar este libro a los lectores. Y con ella, a Taurus, que ha hecho suyo este título.



Escalera de subida a la plazuela de los olmos
Amaya Aznar, Madrid

Prólogo

*Tienes prisa por escribir,
como si fueras con retraso por la vida.
Si es así, corteja a tus fuentes.
Y apresúrate.*

René Char

Hay paisajes, ciudades, casas, que tienen el poder mágico de incorporarnos, de hacernos suyos, de suscitar en nosotros un inevitable sentimiento de arraigo. A mí me ha sucedido con el Cigarral y, desde el Cigarral, con Toledo.

Entre sus tapiales de piedra y adobe, el tiempo se remansa y pasa sin herirnos. Su retiro siempre nos aguarda cuando las tormentas de la vida amenazan con desarbolar nuestro espíritu, cuando precisamos de ese descanso que precede al inicio de una nueva aventura o cuando, sencillamente, buscamos el goce en paz de nuestra felicidad.

Con el Cigarral, como con todo lo que se quiere verdaderamente, el sentimiento de posesión se desvanece y nos sentimos llamados a cuidarlo con devoción para transmitirlo cuando llegue el momento. Yo lo estoy haciendo desde 1977 con el mayor respeto a su tradición, pero también sintiéndome libre para llenar de nueva vida su casa conventual y cada uno de los surcos de su campo. Pili, mi mujer, a la que tanto debo también en este entrañable ámbito toledano, me ayuda decisivamente en la tarea: ambos, desde la inefable plenitud del sentimiento amoroso que nos une, compartimos un mismo proyecto de vida del que el Cigarral de Menores forma parte.

Las páginas que siguen se abren a una memoria de más de cuatro siglos que desde hace casi uno se confunde con

la memoria de mi familia.



Toledo desde el Cigarral
Amaya Aznar, Madrid

Introducción: La mariposa gigante



Estanque del jardín de los granados
Gregorio Marañón

Origen y etimología de los cigarrales

El origen histórico de los cigarrales se remonta al siglo XI. Tras la caída del Califato de Córdoba, Toledo emerge como la principal ciudad de la España musulmana y su población crece rápidamente, originándose un grave problema de abastecimiento. Las fértiles vegas del Tajo están totalmente cultivadas y la necesaria expansión agrícola se extiende por los alcores de los cigarrales. Se aprovecha el agua que existe en su subsuelo mediante pozos y norias, que conforman un avanzado sistema de riego, y se construye una cadena de torres de vigilancia sobre los promontorios más altos. Pero será en el siglo XVI cuando estas propiedades se configuren como hoy las conocemos. La ordenanza municipal que permitió en ese siglo cercarlas para protegerlas del ganado trashumante contribuyó a darles un nuevo y definitivo carácter como lugar de recogimiento y disfrute.

La acuñación del término *cigarral* es necesariamente anterior a su utilización literaria, que se limitó a recoger una denominación existente. La investigación de las escrituras notariales de esa época constituye una fuente todavía no explorada en cuanto a la antigüedad del nombre. En 1576 aparece por primera vez publicado en el *Memorial de las cosas notables de la Ciudad Imperial de Toledo*, de Luis Hurtado de Toledo, pero Sebastián de Horozco^[1] ya lo había utilizado antes en el poema erótico «Cuento donoso de un bigardo, y una dama, y un lagarto», de su *Cancionero* (c. 1540-1579):

Esta dama se fue un día
a holgar a un cigarral,

y a la sazón que dormía
un lagarto que allí avía
se le entró en el proxenal...

En 1611 Sebastián de Covarrubias, hijo de Sebastián de Horozco, escribió en su *Tesoro de la lengua castellana o española*, que en Toledo llaman cigarrales a «ciertas heredades, no lejos de la ciudad, en aquellas cuestas que ordinariamente son unos cercados pequeños; las más tienen fuentes, con que riegan alguna cosa; tienen árboles frutales, de secano, un pedazo de viña, olivas, higueras, y una casita donde recogerse el señor cuando va allá. Pero algunos cigarrales destos son famosos, de gran valor y recreación, aunque de tanto gasto como provecho. El padre Guadix dice ser nombre árabe, y que vale tanto como casa pequeña»[2].

La primera edición del *Diccionario* de la Real Academia Española, conocida como *Diccionario de autoridades*, publicada en 1729, también recoge la equivocada etimología del P. Guadix: «En Toledo se llaman así unas huertas cercadas, donde hay árboles frutales, y también sus casas, para irse a divertir los dueños y otras familias, en diferentes estaciones del año. Es voz árabe —según el P. Guadix— que vale Casa pequeña».

En 1857, Sixto Ramón Parro, autor de la mejor guía de Toledo que se haya escrito hasta ahora, describe los cigarrales de entonces: «Son unos cercados, ordinariamente de poca extensión, en que hay plantío de olivas y frutales, con especialidad de que produce los exquisitos y renombrados albaricoques toledanos, y por lo regular tienen casa cómoda, así para los guardas, que se titulan *cigarraleros* y las habitan con sus familias formando una barriada de no escasa población, como para los dueños que disfrutaban frecuentemente de ellas para irse a comer o buscar solaz en el campo contra los enojos de la ciudad». Parro también relata que la ermita de San Jerónimo se profanó en el siglo XIX y que un prebendado de la Catedral —M. Vázquez— la rehabilitó para el culto, añadiendo que la casa convento de San

Julián se encontraba bastante arruinada. Ambas edificaciones, ermita y convento, conforman el Cigarral cuya memoria ocupa estas páginas.

Actualmente, el *Diccionario* de la Real Academia dice que *cigarral* es «casa de recreo y huerto que la rodea, en los alrededores de Toledo y con vistas a la ciudad». En realidad, la huerta, cuando se mantiene, obedece tan solo a un sentimiento romántico y los cigarrales son frecuentemente viviendas permanentes. En 2004 había doscientos trece, que ocupaban una superficie total de 389 hectáreas. A lo largo del siglo XX, han pasado de tener una media de doce hectáreas por cigarral a unos dieciocho mil metros cuadrados, y solo quedan seis que tienen más de diez hectáreas. La mayoría de estos cigarrales proceden de una parcelación de cigarrales anteriores, realizada en la segunda mitad del siglo XX, y carecen de carácter e incluso de vistas.

La etimología de la palabra *cigarral* ha hecho correr ríos de tinta y ha azuzado las más infundadas y pintorescas especulaciones. Como hemos visto, Covarrubias recogía la suposición del padre Guadix que atribuía al vocablo un origen árabe que vendría a significar «casa pequeña». El arabista Pascual Gayangos, en el siglo XIX, hacía derivar la voz de «siguiera», en árabe «lugar de manantiales». Martín Gamero en su obra *Los cigarrales de Toledo* —publicada en 1857—, sostenía que *cigarral* era una palabra híbrida del árabe «cib» —equivalente a «señor»— y del latín «glarea», —que significa «regocijo en la casa de campo»—, que vendría a decir «casa de campo preparada con esmero para su dueño». Unamuno aventuró otra hipótesis durante una conversación celebrada en Salamanca el 4 de abril de 1921, que mi abuelo anotó en el margen de una página del libro que le había regalado días antes Pérez de Ayala: «Unamuno cree, según me dice, que “cigarral” viene de cigorro, esto es, cimborrio, sitio alto y eminente. “Cigorrales” llamaríanse primeramente y luego “cigarrales” a causa de su situación elevada». En su día consulté estas hipótesis con Emilio García Gómez, maestro de arabistas, y las desdeñó todas.